

Clarice Lispector



La única verdad
es que vivo

Urge situar un posible lector ideal de Clarice Lispector, pues su voz, que retumba desde lo extraño y desde la más insólita contemplación, a veces no traspasa con facilidad nuestros prejuicios sobre lo vivo y sobre lo digno de plasmarse como literatura. Imaginemos una mujer joven, una adolescente, mejor, que cabe en nuestro corazón. A ella le habla Lispector, no a nosotros. Aunque resulte desconcertante, la voz de la escritora brasileña solo resonará con el suspiro joven y femenino que todo ser alberga. Esta es una afirmación tentativa que solo busca un asomo de complicidad. Pasaremos de largo por la categoría de “literatura feminista”, aun cuando la feminidad es omnipresente en la obra de la escritora brasileña, más como una perspectiva sobre el mundo (sus protagonistas o las voces que convoca en sus ficciones son mujeres, con escasas excepciones) que como una reivindicación social explícita, sin decir que no fuera consciente y que no hubiera expresado en diferentes ocasiones sus valoraciones sobre las desigualdades entre los géneros. Y pensar en un alma joven, en el umbral de la vida adulta, significa la capacidad de habitar un espacio incógnito al que a menudo arriba la escritura de Clarice Lispector.

Figurémonos, pues, una jovencita que aún no se acomoda a su cuerpo en transformación, que no es niña ni adulta, o que es ambas a la vez, que a veces parece reconcentrada en sí misma, conociéndose, mientras que en otras ocasiones simplemente se encuentra distraída con pequeñas fantasías, y que a todo lo que le preguntas te responde, impávida, “no sé”. Solo con ella encontrará empatía Clarice. Basta con decir el nombre de la escritora, aunque sus ficciones y aun sus crónicas lleven otros, pues estos son la máscara y la morada de una persona siempre enigmática, una suerte de Esfinge —como recuerda su biógrafo Benjamin Moser— que envuelve a cada uno con su enigma. Lo poco que conozcamos de la mujer que nació en Ucrania y se crio y murió en Brasil

(1920-1977) no es óbice para ligarla con las voces y los personajes femeninos de sus escritos, todas son misteriosas y en ellas refulge una inquietud a veces feliz, a veces melancólica, y esto obviando los detalles sobre las coincidencias entre lo ficcional y lo biográfico que sin duda se encuentran en la obra de la brasileña y que cualquier lector intuye luego de haberse acercado a experiencias tan íntimas y prolijamente descritas que solo pueden estar ancladas en una vida real.

Lispector le habla al “no sé” que recién aludimos, a la imposibilidad de precisar algo o de precisarse que a veces se siente; quizá a la indiferencia frente a que las cosas sean de una u otra forma porque nada, en verdad, es satisfactorio; o al desencuentro entre el ser y las cosas del mundo; apela al “no sé” apático, pero igualmente al melancólico, al burlón, al serio y al pueril. Ella no desea un lector ilustrado para sus libros, sino uno que “[...] trabaje con los soliloquios de la oscuridad irracional”. Y esto sucede porque, al escribir, Lispector bordea “la cosa”, y “la cosa” solo se dice desde la imposibilidad absoluta de decirla, desde el borde de lo innombrable, pues ofrece una verdad no discursiva, ajena al entendimiento. En nuestra vida cotidiana y práctica esto solo ocupa un lugar secundario, y en las historias que leemos o vemos es lo que se encuentra más lejano de lo divertido. En realidad, la literatura de Lispector es sedentaria, carece de intriga, no nos entretiene con su acción; patina en un malestar que es a veces gozo y en la incomodidad del sentido finito frente a la vida ilimitada. De nuevo, nos mira de soslayo una jovencita, con ojos brillantes y herméticos, como diciéndonos que no sabemos nada de la vida, aunque pretendamos olvidar nuestra ignorancia a medida que crecemos.

La incomodidad de sentido que referimos es semejante quizá a la de Gregorio Samsa, el bicho kafkiano cuyas patas se mueven sin concierto y que es incapaz de darse vuelta en su cómodo lecho. A Lispector la comparan con Kafka a veces,

a lo mejor por la extrañeza característica de sus personajes y por el continuo fracaso en su intento de acceder a lo anhelado. Así como se cierran las puertas de la Ley para todos los K, “la cosa” es infranqueable siempre para Clarice. En ambos casos hablamos de sujetos obstinados en su objetivo y a la vez inermes y minúsculos, casi arrinconados, atravesados por lo imposible. En Kafka nada es introspectivo o psicológico; con él conocemos una acción incansable de personajes irrisorios que se tropiezan con “un castillo”, “un proceso”, o algo parecido; en Clarice, en cambio, solo hay interioridad, y en especial mujeres inflamadas de una vida insospechada, envueltas en una suerte de náusea vital, seres excesivamente perceptivos, a menudo transidos de misticismo.

“Lo que deseo aún no tiene nombre”

Entre *Cerca del corazón salvaje* —la primera novela de la escritora brasileña— y *La pasión según G. H.* o *Soplo de vida* —novelas de madurez, la última publicada póstumamente— hay diferencias significativas en cuanto a su estructura y, no obstante, en todas asistimos a la intimidad y a la inquietud de mujeres que sienten el mundo de una manera inusual: Joana, una huérfana, una esposa distante, una mujer “solitaria como el tic tac de un reloj en una casa vacía”, alguien de quien todos se hacen una idea ominosa; G. H., las iniciales del nombre de una mujer igualmente sola que descubre “la cosa” en una cucaracha que la mira a los ojos; Ángela Pralini, una voz espectral convocada por un Autor, una especie de ser-sótano con una fiera adentro. El desasosiego que caracteriza a estas mujeres-vozes femeninas se asocia con su evasión de las convenciones de la vida burguesa; particularmente, el lugar de la mujer que es buena esposa y se dedica al cuidado cotidiano del hogar queda deshabitado porque solo ofrece hastío; significa una renuncia a la soledad que las mujeres-vozes femeninas imaginadas por Clarice no soportan; su sed de vida no les permite ceder a la ilusión de “encontrarse” y permanecer con otro, reflejándose mutuamente, cuando en verdad la individualidad es insalvable.

Acaso el exilio de ese destino acostumbrado para las mujeres y aun de la “vida hiperactiva” que caracteriza a los seres contemporáneos (ellas no hacen nada o, más bien, su trabajo consiste en

contemplar el mundo y soñar), pero sobre todo la ausencia de aventura y heroísmo, haga que estas prosas resulten desconcertantes; quizá solo seducen a un lector dispuesto a la languidez y la monotonía, a una suerte de vacío dilatado en el que eventualmente se dé la gracia. Son páginas llenas de “futilidades” —así se las califica en *Soplo de vida*—, ¿por qué han de resultar “profundas y fantásticas” de pronto? En su simpleza hay un “don”, se nos dice, pero no lo comprendemos fácilmente, pues la vida corriente no se parece a la de esas mujeres arrobadas, entregadas al “sentir” y a la novedad de las cosas; el milagro no hace parte de nuestra cotidianidad.

Por eso es que hemos invocado la prístina juventud de alguna mujer, a la que apela Clarice, porque adivinamos en ella una incertidumbre vital que la hace vulnerable al misterio, que solo se hace manifiesto, eventualmente, durante lo que los seres prácticos llaman “tiempo muerto”. Acaso esa mujer entienda a Ángela Pralini cuando dice: “Hay cosas secretas que sé cómo hacer. Por ejemplo: quedarme sentada sintiendo el Tiempo. ¿Estoy en el presente? ¿O estoy en el pasado? ¿Y si estuviese en el futuro? Qué gloria. O soy una esquirla de cosa, por tanto sin tiempo”. Es en verdad extraño, según los paradigmas de nuestra vida cotidiana, que quepa alguna secreta animación en la monotonía y en la falta de acción... Y no despreciamos las acciones, que cumplen la esencial tarea de entretenernos y que urden la trama de nuestra vida, mas nos sorprende cuánto puede expandirse el vivir en la contemplación y en el vacío aparente.

En la frontera entre una interioridad abisal y un mundo siempre extraño se hilvana una literatura en verdad peculiar, y no resulta fácil asir y ofrecer una idea que no sea empalagosa de ficciones que se desenvuelven en tal inacción y que esconden pura expectación, una avidez de mundo intraducible. Corre uno el riesgo de suponer una trascendencia resultante del ensimismamiento; o a lo mejor se pone uno críptico y sinuoso tratando de decir algo “esencial” que en verdad desconoce; o se dedica a la exaltación hiperbólica de lo incomprendible, lo que no es extraño entre los comentaristas de la obra de Lispector, que se regodean con su semblante mítico.

¿Cómo evadir la impostura? Hölderlin hablaba de la poesía como “la más inocente de

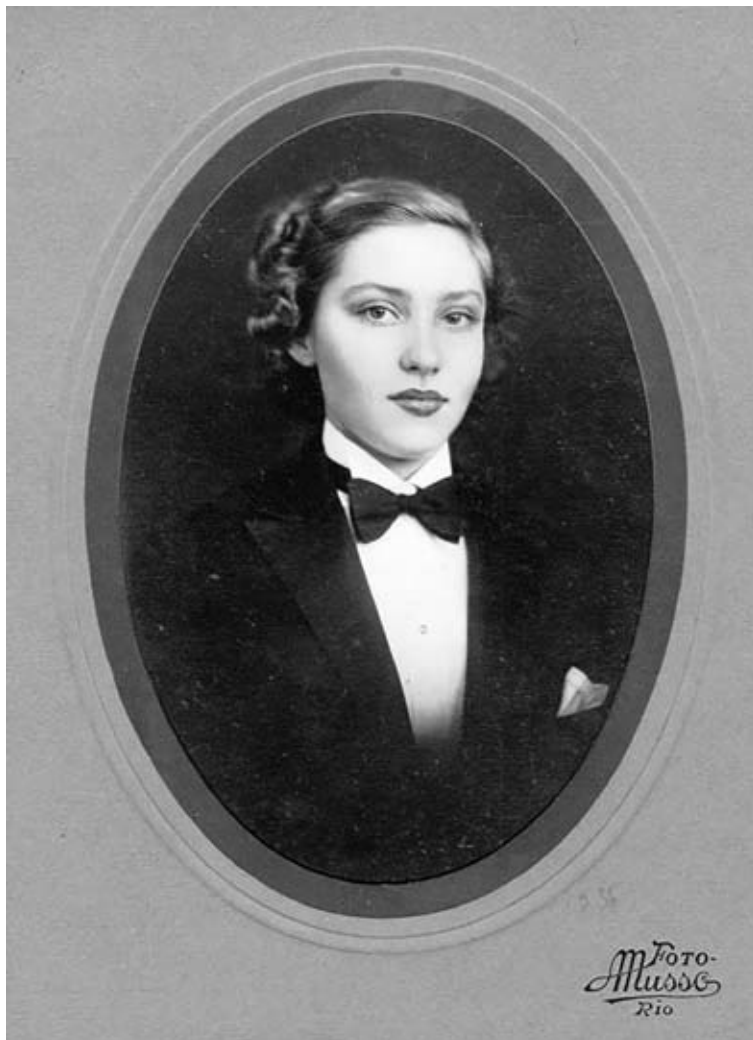


Foto de graduación de los estudios secundarios en el colegio Silvio Leite, en 1936

todas las ocupaciones”. Y Heidegger interpretó que tal cosa era propiamente el juego, la poesía como juego. ¿Qué es jugar? Habitar en “el reino de lo imaginario”, crear imágenes, como en los sueños, “sin lo serio de la acción”, según decía el filósofo. Tal vez jugar es preguntarse boberías que no llevan a ninguna parte, como Joana en *Cerca del corazón salvaje*: “Oh, había muchas cosas completamente imposibles. Uno podía pasar tardes enteras pensando. Por ejemplo: ¿quién dijo por primera vez así: nunca?”; o, quizá, alelarse ante “el vasto huevo de vísceras tibias”; o deleitarse con “el gran mundo de las gallinas-que-no-sabían-que-iban-a-morir”; o sentir nostalgia de no haber nacido animal; o jugar a inventar palabras y distraerse con pequeñeces.

“Sin sorpresa no consigo escribir”, afirmaba Lispector. De ahí el valor del juego, que hace posible que los objetos, los nombres, las categorías,

todo cuanto se ha racionalizado para nuestra vida práctica mude de pronto su función o su significado. Juego es la magia de que lo inerte cobre vida, de que lo trivial se torne misterioso, como sucede en el peculiar cuento *El huevo y la gallina*: mirar el huevo con cuidado, para no entenderlo, porque “entenderlo no es un modo de verlo”; hablar y hablar en torno a él hasta olvidarlo casi por completo; notar que, al cabo de mucho rato, sigue intacto y hermético. ¿A quién se le hubiera ocurrido una historia tan simple e insólita? Y allí se encuentra lo que la misma escritora jamás descifró.

El agua y el placer de las palabras

En *Cerca del corazón salvaje*, Joana niña conversa con su padre amado y le dice palabras inventadas. Una de ellas es “lalande”, palabra que trae “la brisa fresca y salada del mar”, que “[...] es mar de



madrugada, cuando ninguna mirada ha visto todavía la playa, cuando el sol no nació”. En otra ocasión, Joana se identifica con las olas del mar: “soy la ola leve que no tiene otro campo sino el mar, me debato, deslizo, vuelo, riendo, dando, durmiendo, pero ay de mí, siempre en mí, siempre en mí”. Ningún espacio hay mejor que el mar para un silencio plácido, casi ritual, como el que entraña la literatura de Lispector. La voz de *Agua viva* exige a su lector: “Escucha mi silencio [...]”. Lee la energía que está en mi silencio”. Solo el mar guarda el secreto añorado que hay detrás de las palabras, y “lalande” lo dispersa entre nosotros, sin revelarlo.

La brisa, el agua, la humedad aparecen a menudo entre las páginas de la escritora brasileña, lo cual no nos extraña, por la vitalidad y la sensualidad que sugieren. Especialmente el agua es metáfora por excelencia del sentido que fluye y no se atrapa, de lo que cada vez es otra cosa. El espíritu que desborda a los nombres es la fuente de las palabras inventadas del mundo infantil; cierta fiereza que solo tienen los niños, cuando sus emociones no han sido domesticadas todavía, se parece a las corrientes de agua y al gozo del lenguaje novedoso al que nos convoca Lispector. A la vez, el flujo imparable de los ríos, la sinuosidad de las olas, el juego entre la profundidad y la superficie, dan una imagen certera de la sensualidad que caracteriza el pensar lispectoriano. Esto es palpable en *Agua viva*, un libro de espasmos poéticos en el que el ánimo y la voz son cambiantes, arrastrados por una voluptuosidad incontenible, por un estremecimiento de palabras que no se encierran en un propósito. Más allá de lo que estas significan, leerlas semeja el placer de sumergirse en un río helado y oír tan solo el azul verdoso de su profundidad; hundirse y sentir el mundo traspasado por una corriente de agua fresca, en una

momentánea abstracción de la realidad terrestre; salir, respirar y hundirse decenas de veces más, sin cansancio. Cualquier pesadumbre es vencida por la frescura del agua y por la escritura fluida que inventa verdades que renuncian a tener un sentido, que buscan el *it*, como se le llama en *Agua viva*, solo a través de sensaciones e instantes.

Seguramente podríamos pensar en grutas o en fuentes cenagosas de lo poético en relación con Clarice Lispector, en la angustia de lo incommunicable; no obstante, preferimos encontrar y permanecer en ciertos claros de placer que nos regala esta escritora, en los cuales se descubre una felicidad a veces exultante, a veces leve, siempre efímera, jamás exenta de melancolía, pero felicidad al fin, una que es como el brillo tibio del sol en tu rostro durante una mañana fría, un brillo que proviene de algo simple y suficiente: vivir. Junto con esto, ocuparse del mundo: “registrar lo obvio”, percibir las cosas sin pensamientos, escribir solo el presente, ser “orgánica”, como leemos en *Agua viva*: “sigo adelante de un modo intuitivo y sin buscar una idea”.

La vocación poética se revela plena en lo antedicho, pues no hay una voluntad sobre la idea ni argumentos, sino un abandono al azar de las cavilaciones; por ello prima el ánimo cambiante y lúdico que da cuenta de un ser inmerso en lo múltiple. Esto dice Ángela Pralini en *Soplo de vida*: “Me gusto un poco porque soy astringente. Y emoliente. Y camagüira. Y vertiginosa. Y estrepitosa. Sin hablar de que soy bastante estrógena. Debajo de un botón ton ton, había un ratón ton ton... Dios mío, qué infeliz soy. Adiós, Día, ya anochece. Soy niña de domingo”. Y así leemos en *Agua viva*: “Yo, que vengo del dolor de vivir. Y ya no lo quiero. Quiero la vibración de lo alegre. Quiero la neutralidad de Mozart. Pero también quiero la inconsecuencia. ¿Libertad?”. Hallamos en estos fragmentos el alborozo del impulso de ser que no puede sintetizarse, expresiones que solo capturan una tonalidad del hechizo que posee a alguien que vive intensamente, pero no más. Las frases díscolas y la embriaguez vital que por momentos alcanzan las mujeres-vozes de Lispector revelan que su verdad sigue implícita y que solo se despliega antes del lenguaje.

Aunque las palabras se hacen cuerpo a veces, como la “almendra” para Joana: “Pronunciada con

cuidado, la voz en la garganta, resonando en las profundidades de la boca. Vibra, me deja larga y estirada y curvada como un arco. Almendra amarga, venenosa y pura”. En otras ocasiones las palabras traen a la vida cuanto quieren, porque se pronuncian con el poder de la imaginación: “Imagino palabras maravilla y recibo de vuelta su fulgor”, dice Ángela Pralini, que ha pensado en el topacio, que ha visto “el enigma mudo de lo real soñado que existe en el topacio”. Las palabras devienen en “cosas” y tienen efectos reales, aunque solo bajo la atmósfera de sueño que le permite a todo “ser”, sin la parquedad de la realidad. Y de esas palabras vívidas, como de los sueños cada noche, queda tan solo un “timbre”, una vibración singular de la voz, que es la máxima realización que alcanza la escritora, Clarice.

Algunas mañanas y todas las cosas desocupadas

Es de madrugada, las estrellas aún brillan y una mujer percibe su fulgor desde la cama, a través de la ventana; desea sentir su luz en los labios y quiere su luminosidad adentro suyo; traspasada por las estrellas se sentirá chispeante, fresca, húmeda... Así piensa Joana a veces. También le gusta abrir los ojos en las mañanas y ver las cosas que salen poco a poco de las sombras; observar la luz anaranjada que se posa sobre las cosas mientras nada sucede y se tiene la impresión de que todo nace. Cada madrugada y cada mañana pueden ser ocasión de sorprenderse: el ser emerge del mundo de los sueños, del arduo trabajo de su imaginación desprendida del yo, en las aguas del misterio, y nace con el resto de las cosas, en la quietud indiferente, tocada por la luz.

Si existe un lapso del día en el cual descubrir plenamente a las protagonistas-vozes de las ficciones de Lispector, son las madrugadas y las mañanas: ambas representan un tiempo de intimidad y de vida apenas bosquejada; un tiempo de lo implícito, de la humedad y la frescura —cualidades que leemos en numerosas ocasiones—. Es un tiempo en el que no ha comenzado aún la actividad del día y la persona solo presta atención al paso de los minutos; “la vaguedad del intervalo”, del vacío que hay entre cada medida del tiempo; la quietud y el silencio en los que se incuban los acontecimientos del día...

Pero nada sucede todavía: solo hay cosas desocupadas, espera y prolongación placentera de ese momento de atenta inactividad. He aquí la duración que llaman “ociosa”, la savia de quien piensa sin razonar.

Otro tanto puede decirse del tedio: cuando las moscas zumban alrededor de lo inmóvil, cuando el letargo se apodera del cuerpo, cuando los ojos parpadean sin ver nada fijamente, cuando nada sucede ni nada está por hacerse, cuando nadie habla ni demanda palabra alguna, en ese momento, el del tedio, paradójicamente, puede hallarse el gusto de vivir, que siempre parte de una autoconciencia exacerbada. Así leemos sobre Joana en *Cerca del corazón salvaje*: “Parecía una gata salvaje, los ojos ardiendo sobre las mejillas incendiadas, punteadas de manchas oscuras de sol, el cabello castaño despeinado sobre las cejas. Se contemplaba púrpura, sombría y triunfante. ¿Qué la hacía brillar tanto? El tedio... Sí, a pesar de todo había fuego bajo el tedio, había fuego incluso cuando el tedio representaba la muerte. Tal vez eso fuera el gusto de vivir”.

“Me satisfago en ser”

Que el culmen de la sensación provenga de la pasividad casi absoluta, de la abstracción, del éxtasis de la contemplación, tal es la paradoja que solo cabe en la poesía o en la mística. Es lo que encontramos en *La pasión según G. H.*, novela fundada en un suceso trivial y aun repugnante, cual es la observación minuciosa de una cucaracha en el rincón de un armario. La narradora toma nuestra mano mientras escribe y nos aferra a su estremecedora experiencia de la nada que es Dios y que se revela en una cucaracha destripada cuya visión desencadena pensamientos absurdos y danzarienes, al borde de lo que no tiene significado y que late en el cuerpo de la mujer. Solo la insipidez del tedio se parece a “la cosa”, y el “acto ínfimo” de comer una cucaracha, antes que el acto santo o heroico, descubre lo divino en lo real.

Este vuelco de jerarquías o de valores a través de la búsqueda mística es clave en la obra de Lispector. El siglo xx fue testigo de “la muerte de Dios”: ¿Qué religiosidad era posible todavía? Y la brasileña era judía y provenía de Europa del Este, “un mundo de santones y de milagros”, según enfatiza Benjamin Moser; ¿en qué se transformaría su búsqueda de Dios? En la acechanza de lo

inaccesible: “La realidad es más inaccesible que Dios, porque no se le puede rezar a la realidad”, leemos en *Soplo de vida*. Lo imposible de nombrar plenamente que lo evidente encubre: ahí está siempre ella, mirando las cosas que no la miran.

La búsqueda incesante de lo que hay detrás de las cosas y de las palabras es a menudo angustiosa, pero, como advertimos antes, esto no es lo único que leemos de Lispector. Es frecuente descubrir simplemente el estado de gracia, leer sin malestar ninguno el placer de los hallazgos más sencillos, entre los cuales abundan las flores y los animales; igualmente, los perfumes, las texturas, las vibraciones transmitidas por el aire. Y la escritura que da cuenta del don de la vida nace de una lucha por la “libertad de sensaciones y de pensamientos” que no tienen ningún uso o propósito, que solo sirven para sentir y saber felizmente algo que no se sabe qué es. Y gracias a esto el mundo irradia “una tranquila felicidad” que solo genera gratitud. Ciertamente se trata de un estado pasajero, pero su energía intenta perdurar en lo que se escribe, y puede convertirse tan solo en una imagen sencilla que nadie querrá glosar: “El milagro es una actitud, como la del girasol que vuelve lentamente su abundante corola hacia el sol. El milagro es la llaneza última de existir”.

Y, de pronto, luego de rodear inciertamente imágenes y vivencias de la literatura de Lispector, de derivar, si no en lo inexpresable, en lo simple que regocija, surge una pregunta de una niña llamada Joana (¿Clarice?): “¿Qué se consigue cuando se es feliz?”. Nada. O, tal vez, la única verdad que puede alcanzar un ser: la de estar vivo. Y esta verdad es una forma de consciencia, pero también es un sentir libre y sin afán de significado, es un placer que vence provisionalmente a la muerte, es el hechizo de ver sin saber, el destello de la felicidad en el centro del cuerpo, que es como cuando alguien adivina, sin decirle a nadie para no dañar la gran sorpresa, que recibirá un regalo. ■

Daniela Londoño Ciro (Colombia)

Historiadora y magíster en Hermenéutica Literaria. Editora en la Editorial Universidad de Antioquia.